

TOLOSA, LOURDES Y LOYOLA.

EPÍSTOLA Á...

Corresponsal de un periódico revolucionario en la Exposición de Filadelfia.

ma para escribirte estas desaliñadas líneas, y dos veces la he dejado caer en los abismos del tintero, sin valor para dar-

en los abismos del tintero, sin valor para darlas principio!...; Tan formidable apareció ante los ojos de mi imaginación acalorada el espectro de su sarcástica sonrisa!

Pero bien que á las tres va la vencida, y tal es la resolución con que esta tercera vez la empuño, que dudo yo que con más resolución empuñara Valdivia su lanza, cuando

«los dientes y las lanzas apretando,»

se entró con sus nueve compañeros, como la hoz por la mies, por entre la araucana gente;

y á bien que no menos resolución necesito yo, pues no menos feroces que los araucanos son en realidad los errores y preocupaciones de este siglo prosáico y positivista en que vivimos.

Compadécesme, amigo mío, porque esas pesadas cadenas de la vida, como tú y los tuyos llamáis á los santos lazos de la familia y de la patria, me tengan de tal modo apegado al terruño, que no me haya sido dado «espaciarme en el anchuroso seno del Océano,» para contemplar después con mis ojos esa gran maravilla de nuestro siglo, que se llama la Exposición de Filadelfia.

Y juzgas, acaso más con temor que con risa, que mientras tú observas el incesante voltear de la gran rueda del progreso, que arroja á miles los inventos y á millares las máquinas en aquellas virginales regiones preparadas por el destino para cuna de todas las emancipaciones, vo, con la alforja al hombro y el báculo en la mano, me preparo para formar, como soldado humilde, en la humilde hueste de los humildes romeros españoles, que abandonan hoy sus hogares, no para admirar el prodigioso acrecentamiento del poder humano en la Exposición de Filadelfia, sino para contemplar la sublime representación del poder divino, encarcelada entre los muros de la ciudad leonina, al otro lado del Tiber, en la ciudad Eterna.

Tranquilizate por el momento. La Providencia, que ordena y rige todas las cosas á su fin, y todo misteriosamente lo relaciona y encadena á la gloria de Dios, no me ha permitido que fuese á aumentar con mi nombre el número crecido de los embajadores que la España católica envía al rey de su corazón, aherrojado y prisionero, como testimonio vivísimo de lealtad y de gratitud, y como protesta enérgica y consoladora contra las prescripciones de la maldad, de la usurpación y de la violencia.

Empero, si la Providencia me vedó esta dicha, hubo de permitirme otra no menos grande, llevándome á visitar sucesivamente, como en peregrinación encantadora, tres exposiciones magnificas, ante cuyo conjunto tu Exposición de Filadelfia pierde y siente desvanecerse su grandeza, como se desvanecen los vapores terrenos ante la luz celeste que vierte sobre ellos desde el elevado zénit el rey de los astros.

Y así como tú me cuentas en sus menores detalles las maravillas y prodigios de la industria que en Filadelfia admiras, permíteme que con mayor brevedad te dé yo asimismo noticia de las exposiciones á que me refiero, para que tu espíritu, atufado por el humo del carbón de piedra y mareado por la trepidación de tanto artificio, pueda entrever un momento, bien como con lástima, las rientes y memorables regiones en que el mío vuela.

T.

Abandonando una noche á la antigua Lutecia, que prefiere sin duda perecer como Babilonia á hacer penitencia como Nínive, me encaminé, en brazos del vapor, que nunca es más grande que cuando presta sus fuerzas á la fe, á la insigne ciudad de Tolosa, antigua capital del imperio visigodo, cuyos ilustres condes dejaron gloriosamente escrita la página de su historia en el libro de los grandes hechos de Francia.

Una vez allí, y sin más detención que la de haber visitado un humilde convento de la gloriosa orden que Santo Domingo fundó en Tolosa, y que, á despecho de la revolución que le dió muerte, hizo revivir allí también el célebre Enrique Lacordaire en nuestros días, me dirigí á la ilustre y monumental basílica de San Saturnino, uno de los templos más grandiosos de la cristiandad y más rico en recuerdos, glorias y sacratísimas reliquias.

Y penetrando bajo aquellas sagradas bóvedas, que resonaban todavía con los ecos de las aclamaciones de los cruzados, descendí á la profunda cripta, y allí, á los débiles resplando-

res de una lámpara de bronce, encima de un altar de piedra y debajo de los cristales de una urna gótica, pude descansar mis ojos sobre el codiciado objeto de mi primera peregrinación: sobre una calavera.

Aquella calavera era... la cabeza de Santo Tomás de Aquino.

Los que en medio de las horas de calma, que son como las horas de tedio de la vida, 6 en medio de las horas de borrasca que produce en el ánimo ardiente la enconada lucha de las encontradas ideas y el terrible batallar de la verdad con el error y de la certeza con la duda, hayan saludado, como el náufrago el faro, las obras y doctrinas de este genio inmortal, ante cuya palabra calló la tierra y se postraron los reyes y enmudecieron los doctores y la confirmaron los pontífices; los que rendidos de forcejear en el árido campo de la especulación filosófica con dificultades insuperables, perdidos en el revuelto laberinto de los intrincados problemas de la ciencia, extraviados y confusos ante la variedad y contradicción de las escuelas y sistemas, hayan abierto la Suma y hayan visto brotar de sus páginas la luz clara, penetrante, divina, ante cuyos reflejos se desvanecieron las sombras de la ignorancia juntamente con las nubes del error; los que se hayan sumido en las honduras y profundidades

de la filosofía y los que se hayan elevado á las altísimas regiones de la ciencia teológica, así como los que hayan estudiado atentamente á través del curso de la historia la influencia de Santo Tomás y sus doctrinas en su siglo y por su siglo en Europa, y por Europa en la Cristiandad y en la civilización, esos comprenderan bien con qué ansia solemne, con qué recogimiento sublime posaría yo las miradas de mis ojos sobre aquel cráneo prominente y voluminoso, laboratorio un tiempo de las más altas lucubraciones, y en cuyos senos abiertos á las iluminaciones divinas y á las intuiciones humanas, se fijó, depuró y aquilató tanto la verdad religiosa y filosófica, que ni las sombras del renacimiento, ni la noche de la reforma, ni las tinieblas de la revolución han podido obscurecerla en cinco siglos de incesante lucha.

Sí; en aquella redonda cárcel de hueso vivió prisionera, pero no esclava de la materia, aquella inteligencia luminosa y altísima; por aquellos agujeros abiertos, como respiraderos profundos, llegaron á despertar el dormido poder del genio las impresiones de los sentidos exteriores; y allí la memoria dócil, la voluntad perseverante y el entendimiento creador, conocieron la realidad de los seres, indujeron y dedujeron sus fenómenos y sus leyes, se re-

montaron á sus causas, descendieron á sus consecuencias y aplicaciones, y fabricaron la escala misteriosa de la ciencia, que, desarrollándose paralela á la cadena de los seres en la órbita de la creación, fué á acabar á donde había empezado, en Dios, causa primera y fin último de toda inteligencia y de toda verdad.

Sí; en aquel obscuro recinto brilló la luz esplendorosa del genio, encendida por la chispa de la divina gracia, y á la luz de sus deslumbradores destellos palidecieron los fuegos fatuos de la herejía y del sofisma; sus rayos, reflejados sobre las inteligencias de los grandes hombres de la Cristiandad, iluminaron las ciencias sacras y profanas, las letras y las artes, y descompuestos por los prismas de las generaciones analíticas, y concentrados por las lentes de las generaciones sintéticas, enseñaron nuevas verdades, refutaron nuevos errores y encendieron á lo largo de este penoso Via-Crucis, que la humanidad recorre, antorchas refulgentes con que alumbrar su triste y fatigoso camino.

Sí; en aquel vaso de tierra resplandeció con todos los irresistibles fulgores de la luz, la luz de la gloria; y ante su claridad celeste apareció la celestial visión de lo ideal, de lo espiritual y de lo divino. El velo del santuario se transparentó ante aquella lumbre á la mirada intelec-

Y esta cabeza es aquélla que después de alzarse hasta el cielo, frente á frente de Dios, se postraba humilde en el suelo sobre la ceniza para llorar sus culpas, sólo visibles al rigor de su extremada justicia y al celo de su ardentísima caridad; esta cabeza es aquélla á cuyo perfumado contacto vieron los ciegos y se curaron los leprosos; aquélla que fué separada del tronco y sometida á mil manipulaciones extrañas, y en diferentes lugares escondida para mejor y más seguramente poseerla sus rudos y amantísimos devotos; aquélla, tras de la que corrían los pontífices con sus bulas, los reves con sus ofrendas, las universidades con sus peticiones, las órdenes con sus exigencias y hasta los pueblos con sus armas; aquélla que los herejes pensaron destruir, y que despojaron los incrédulos y trataron de falsificar los falsarios, y sobre la cual pronunciaron elogios en todas las lenguas y en todas las edades los oradores más insignes de todos los países, desde los que, vivo aún, profetizó Alberto Magno en Colonia, hasta los que en su última traslación y bajo estas mismas bóvedas de esta misma basílica pronunció el más insigne orador de los tiempos modernos, el elocuente Lacordaire, al subir por primera vez á la cátedra del Espíritu Santo en Tolosa, con el hábito blanco de Santo Domingo, para honrar la memoria de Santo Tomás.

¡Sacra cabeza! á despecho de las injurias del tiempo, de las supercherías del fanatismo y de los ultrajes de la impiedad, atravesaste incólume las edades, y las nuevas generaciones atrastradas por la soberbia del racionalismo pueden meditar ante sus sienes coronadas por la llama del genio, la aureola del ángel y por el nimbo del santo, perfumadas por el aroma de la humildad y de la pureza, cuán grande puede ser la inteligencia humilde, cómo se eleva la razón cuando lleva las alas de la fe.

Pero arranquémonos á estas consideraciones como yo me arranqué á la contemplación de aquella cabeza, ¡astro apagado hoy en la noche de la muerte, cuyos destellos iluminan todavía dos mundos!

Y después de postrarme un instante ante la urna preciosa en que yace el cuerpo de Santo Tomás en la capilla del Espíritu Santo, que es II.

Salí de Tolosa, y el ferrocarril me condujo á través de aquellas campiñas, tan célebres en la historia de la religión como de la literatura; y después de una hora de camino, trocadas las apacibles llanuras por las quebradas montañas, y turbado, con el monótono galopar de la locomotora, el manso ruido de las aguas del río, desembocamos, por fin, en un valle, en el que la agreste naturaleza ostentaba allí, por lo maravilloso del espectáculo que á nuestros ojos se ofrecía, raro y peregrino contraste. Sobre una peña que se levantaba á orillas del caudaloso río, se elevaba un templo majestuoso coronado de luces; en el centro de la peña abría sus fauces una gruta, y á la luz de las mil luminarias que allí ardían, veíase una multitud de devotos que, como si la incredulidad no existiera en el mundo, oraban fervorosos ante una imagen de la inmaculada Concepción que se aparecía en el hueco de la peña, bebían y se lavaban el rostro en una cristalina y copiosa fuente que brotaba en la roca, y corrían á depositar sus ofrendas al pie de innumerables ex-votos con que los favorecidos con milagrosas curaciones daban testimonio al cielo y á la tierra de su gratitud y de su bienandanza.

El cuadro que á los ojos del más positivista de los viajeros ofrecía, en medio de aquella comarca salvaje, aquel templo y aquellas luces que hacían brillar como un ascua de oro á la gruta, cuyos iluminados contornos reflejaba entre sus ondulaciones el río, juntamente con el ir y venir de los peregrinos, hubiera sido bastante para herir en su corazón fibras más delicadas que las que sólo vibran al contacto de los intereses materiales; pero á estos detalles vino pronto á agregarse otro, todavía más conmovedor y sublime.

Como si los dormidos ecos de los valles despertasen de pronto, el viento frío de la noche nos trajo un sonido vago al principio, luego más claro y cadencioso, y en breve un cántico grave, solemne y acordado, resonó en los espacios. Muchedumbre de ardientes luminarias desembocaron en la gruta, y miles de peregrinos, después de saludar con voces salidas del corazón á la Estrella de la mañana, se dirigieron en ordenada procesión á lo largo de la colina; subieron á su cumbre, formando vistosa espiral de luces, y como si los vientos fuesen más propicios á las voces, ó como si los ángeles se mezclaran al coro desde el cielo, sus cánticos sonoros se impusieron á todos los sonidos y á todos los silencios, y resonaron vigorosos como el grito de Europa náufraga ante su tabla de salvación en la tormenta, ó sea ante la imagen de la Virgen María Inmaculada.

El tren, en esto, se detuvo. Estábamos en Lourdes.

Cómo explicarte, amigo, lo que el corazón y el ánimo del creyente experimentan á la vista de tan venerados lugares. El mundo con todas sus ignorancias, la impiedad con todas sus rechiflas, el infierno con todas sus artes, todo desaparece ante el cielo que se abre allí á los ojos del espíritu iluminado con la esplendorosa luz de la fe.

Allí, sobre aquella peña lanzada por la mano de Dios desde la creación á la orilla de aquel torrente; en aquella gruta abierta por el dedo de la Providencia en los primeros cataclismos de la tierra; en el centro de los Pirineos, que son como el nudo de la Europa católica y el corazón de la Europa latina; en el núcleo de tantos valles y de tantas vías que conducen á las mil aguas salutíferas á donde acuden buscando alivio á sus dolencias, descanso á sus fatigas y tregua á sus ocupaciones, las tres cuartas partes del mundo civilizado; en el suelo de la Francia propagandista y en las fronteras de la España católica: allí se apareció en nuestros días, ante la presencia de cien pueblos, á una humilde pastora, aquélla que los ángeles desde el cielo y los hombres desde la tierra, saludan con el nombre de la Inmaculada Concepción.

Y allí, vestida de blanco y orlada de azul, con dos rosas de oro sobre sus pies y el rosario en la mano, dignó confirmar su privilegio anunciándolo al mundo con su palabra divina, á la que respondieron, como dóciles ecos, millones de gritos de gratitud de los favorecidos con los dones espirituales y temporales que siguen en tropel á la invocación del dulce nombre de María.

Y allí se entristeció su rostro al girar la vista sobre la tierra y contemplar la iniquidad de los hombres, y se serenó é iluminó su faz de gloria y de alegría al elevar sus ojos al cielo y contemplar en su trono de majestad á la Trinidad Santísima.

Y allí al cabo, á la faz de millares de irrecusables testigos, brotó de la seca peña, y al contacto de los débiles dedos de una niña, el manantial perenne en cuyas limpias aguas encuentran instantánea y maravillosa curación, por no decir resurrección milagrosa, tantos cuerpos heridos y tantas almas laceradas.

El templo majestuoso que, como por encanto, se elevó sobre aquella peña; su cripta, en donde tantas lágrimas se derraman y tantos gemidos resuenan; la gruta, en donde tantos cirios arden, y se ostentan tantos trofeos de la vida sobre la muerte; la fuente, en que tantos ciegos ven y tantos sordos oyen; la piscina, en que tantos paralíticos se levantan, todo está pregonando allí, con la voz irresistible de la evidencia, la manifestación solemne de lo sobrenatural en nuestro siglo, ofrecida á nuestra consideración para nuestra esperanza y nuestro remedio.

¡Ay! deja, amigo, que lamente tu ceguedad y la de aquéllos que en esta época de libre examen desdeñan examinar estas credenciales de lo divino, y para mejor negarlo ó excusar sus dudas, corren á sumirse en voluntaria ignorancia y pasan sin detenerse ante esta subli-

me exposición del cielo, para ir á celebrar las apoteosis de la materia en las exposiciones de los hombres.

No alargaré, querido amigo, esta epístola con la detallada enumeración de estos lugares, ni con la narración de las curaciones sobrenaturales que diariamente aquí se presencian; no te hablaré de las infinitas peregrinaciones que aquí terminan, dejando sus vistosas banderas y blasonados estandartes á los pies de María, y llevando más consuelo en el corazón y la vida en algún miembro muerto; no te pintaré el asombro del incrédulo caído en medio de estas estrepitosas manifestaciones de la fe, ni el estupor del indiferente, ni el odio y la rabiosa saña del impío: todo ello capítulo más largo por sí merece, y se ve aquí mucho el cielo para que trate en estas breves líneas de ocuparme nada de la tierra.

Bástete saber, que para detener en su corriente al arroyuelo que, cual nuevo Moisés, hizo brotar con su dedo del suelo de una roca una pastora humilde, conjuró sus fuerzas el infierno, y los poderes de la tierra tuvieron que sucumbir, rendidos de fatigosa lucha, á la gota de agua de lo sobrenatural que, detenida por el muro ciclópeo de la tiranía, se convirtió en torrente caudaloso, que se llevó tras sí, entre las ondas de la gracia, la malicia de los co-

razones, no sin haber quebrado algunos, arrojándolos sobre la peña de la justicia.

Pero no me permitiré perder de vista estos lugares sin hacerte notar las misteriosas coincidencias que se ofrecen á la mística consideración del creyente, en esta aparición de la Concepción Inmaculada, cerca de Tolosa, cuna de la orden de Santo Domingo y sepulcro de Santo Tomás; y con el rosario en la mano, siendo Vicario de Cristo sobre la tierra Pío IX, el que declaró tan excelsísimo dogma; y todo ello sobre esa cordillera pirenáica, desde cuyas nevadas cumbres pudo escuchar la aparición celeste, el rugido de la impiedad europea repercutido por los mil ecos de la Francia, y la voz grave y solemne de trece siglos españoles que la están saludando en el noble idioma castellano, con aquellas antiguas palabras ¡Ave María Purísima! sin que ni una sola vez, lo mismo en el palacio del monarca que en la choza del mendigo, haya dejado de oirse como contestación inmediata de un eco eterno ¡sin pecado concebida!

III.

Pocos días después caminábamos cuatro amigos dentro de un coche, por uno de esos

hermosos caminos que serpean en el fondo de los valles euskaros; y después de haber contemplado con los ojos tristes del patriotismo herido, las ruínas y estragos que una guerra de religión, encendida por la persecución revolucionaria, ha ido sembrando por aquellos frondosos lugares creados para la paz y el trabajo, dimos vista á un magnífico monumento que en el fondo de un pintoresco valle alzaba su masa imponente y grandiosa.

Aquel de nuestros compañeros, que con tanta cordialidad como diligencia se había ofrecido á servirnos de cicerone, nos dijo con un acento que valía un poema: «Este es el valle de Loyola.»

El que por su dicha haya visto la luz del sol en esta hermosa tierra de España; el que sienta correr por sus venas sangre española, y el que haya paseado sus ojos maravillados por el interminable catálogo de nuestras glorias nacionales, comprenderá la impresión que este nombre debió de producir en nuestro corazón de católicos y de españoles.

¡Loyola!

Pronto el carruaje se detuvo. Precipitámonos afuera, y nos encontramos en aquella como desierta comarca, solos, y frente á frente al solitario edificio que con sus torres silenciosas y sus incompletas murallas, y hasta con sus escalinatas desusadas, entre cuyas grietas crecía la yerba, parecía preguntarnos con el acento mudo del bronce y de la piedra noticias de sus hijos.

No le respondimos, y no por falta de palabras, que no creo yo que haya espíritu alguno, por tosco que de suyo sea, que no sienta vibrar dentro de sí todas las cuerdas de la elocuencia al contemplar el santuario de Dios, el solar del noble, el hogar de la comunidad, la escuela del ignorante y el hospital del pobre herido por la mano brutal de la tiranía revolucionaria, al mismo tiempo que, al grito hipócrita de libertad de cultos, abre la puerta á los secuaces de la herejía, que, enemigos de España y subvencionados por las naciones extranjeras, vienen á seducir á los pequeñuelos, explotando su ignorancia y su necesidad.

No le respondimos, que harto le responderán por nosotros los gemidos de los habitantes de aquellas regiones, privados de sus insignes beneficios; las letras y las artes, faltas de su cultivo, y la moralidad y la inocencia, abandonadas á los embates del crimen, de la impiedad y del vicio.

No le respondimos, porque tanto ahora, que en nombre de la libertad se les aleja, como cuando se les alejó en nombre de la tiranía, la historia, conmemorando sus nombres y los traDISCURSOS Y ARTÍCULOS LITERARIOS 389 bajos gloriosos de muchos de ellos, le responden bien elocuentemente.

No le respondimos, porque harto saben aquellos muros, visitados ayer por la arbitrariedad de los monarcas, y hoy por el despotismo de las turbas, á qué precio se enseña la moderación á los grandes y la obediencia á los pequeños; cuán peligroso es formar en las vanguardias de los ejércitos de Cristo; qué odios no atesora el infierno en el corazón de los secuaces de la revolución, lo mismo en el de los serviles enciclopedistas que en el de los rebeldes miembros de la Internacional, contra los formidables enemigos de la protesta religiosa; y sobre todo, porque mejor les responderá el recuerdo de aquella divina promesa, arrancada al mismo Jesucristo por el mismo San Ignacio, en la hora de sus misericordias, de que nunca faltarían persecuciones á la Compañía de Tesús.

Nosotros, tristes y cabizbajos, penetramos en aquel recinto por aquellas anchurosas puertas, abiertas por la mercenaria diestra de un extraño.

Y después de recorrer una tras otra aquellas abandonadas estancias en que falta el hálito palpitante de la vida, y en que á través del presente abandono todo habla de paz, de trabajo, de estudio y de virtud, nos detuvimos

ante un histórico muro que se levanta en el interior del monasterio, y que nuestro ilustre cicerone nos señaló diciéndonos: «Esta es la casa de San Ignacio.»

¿Quién no conoce el poder de la imaginación? Como obedientes al poder de misterioso conjuro, evocados del fondo del olvido, surgieron ante nuestros ojos el cuadro doméstico del hogar del noble guipuzcoano en los albores del siglo xvi. Sucedió á éste el feroz asalto por los franceses de la torre de Pamplona, después la penosa cura de la terrible herida, luego la conversión, más tarde la gruta de Manresa, y por fin ese soberbio é interminable panorama de glorias y virtudes que presenta la Compañía de Jesús.

Y todo, todo, como el fruto de la simiente, como de la bellota la encina, como del huevo el águila, todo había salido de entre aquellas humildes paredes que la honradez y la nobleza de cien generaciones habían hecho dignas de atraer la gracia de Dios.

Cuando abandonamos el templo, tras de las fugaces apariencias con que en ocasiones tales trátase de disimular los sentimientos, se adivinaba mal reprimida la emoción en nosotros; emoción de pena de que en España puedan congregarse todavía los hijos de Lutero, y no puedan reunirse aún los hijos de San Ig-

nacio, por más que en la reunión de los primeros sólo pueden forjarse armas para herir en el corazón de la patria, y en la de los segundos sólo deban elaborarse bálsamos para cicatrizar esas mismas heridas.

Perdóname por fin, amigo mío: henos aquí en presencia de la deseada meta de esta epístola, que en contestación á la tuya he escrito, dejando correr mi pluma sobre el papel á impulso de suaves y dulcísimos recuerdos.

La oda que con tan enfático acento entonaste á los intereses materiales, que nadie protege como la religión que los santifica, me animó á recordarte que non de solo Pane vivit homo, como con tan evidente revelación como conocimiento del corazón humano dice el Evangelio; y como para mejor probar tu tesis, á la vez que para despertar en mí la envidia, me encarecías las maravillas de la industria que contemplabas en esa Exposición, yo, tanto para poner el debido correctivo á tu entusiasmo, como para hacerte ver que más estoy para envidiado que para envidioso, quise ofrecer á tus ojos el rápido conjunto de una peregrinación en tres etapas, que me permitieron ver en pocos días ¡Lourdes! el santuario de la Inmaculada Concepción! ¡Tolosa! el sepulcro de Santo Tomás de Aquino! ¡Loyola! la cuna de San Ignacio! Cuna, sepulcro y santuario en el que se compendian la vida del hombre, y la Patrona, la doctrina y las milicias que han de salvar al mundo, si el mundo ha de ser salvado en la terrible crisis porque atraviesa.

Tuyo siempre,

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

Madrid 21 de octubre de 1876.





UNA MADRE CRISTIANA.

1 algún libro hay que justifique cumplidamente su título en el mundo en estos tristes tiempos que alcanzamos, en que pomposamente bautizamos con los nombres más grandes las cosas más pequeñas, es ciertamente el presente libro (1); y no sólo porque las enseñanzas que en él se contienen sean saludables consejos de virtud que caen de los labios augustos de una madre en el corazón todavía inocente de una hija, sino también porque sólo en el pecho esforzado de una madre, y de una madre cristiana que todo resueltamente lo atropella tratándose de la felicidad del fruto de sus entrañas, cabe el valor de dar á luz un libro de moral en estos tiempos de práctica y teórica inmoralidad en que vivimos.

(r) Alude á una obra de este título, escrita por la Srta. Urbina y Miranda.